

Artículo preparado para la docencia en la cátedra de Introducción al Conocimiento de la Sociedad y el Estado, en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, 1999.

EFFECTOS DE LA GLOBALIZACION Y DE LA INTEGRACION REGIONAL

Torcuato S. Di Tella

TEORÍAS Y REALIDADES EN LA ECONOMÍA INTERNACIONAL

La Argentina, como muchas otras partes del mundo, está siendo transformada, en buena medida, por el impacto de fuerzas económicas mundiales, sobre las cuales los gobiernos de cada país no tienen demasiado control, aunque uniéndose regionalmente podrían ejercer mayor influencia. Antes de examinar, en el próximo capítulo, cómo se perfilan algunos de esos cambios, es por lo tanto preciso dar una mirada a la escena internacional.

Se discute hoy mucho la contraposición entre *mercado* y *Estado*. Con esas palabras se hace referencia a hechos sociales más complejos que lo que la simple palabra parecería indicar. Porque en el concepto de mercado se incluye la operación no sólo de individuos en libre competencia unos con otros, sino también de grandes empresas cuyo funcionamiento no es siempre tan ortodoxo, y que necesitan de alguna intervención estatal, justamente para que acepten las reglas de juego en vez de procurar situaciones de monopolio u oligopolio. Por otra parte, dentro del concepto de Estado se incluye la acción de las asociaciones voluntarias del más diverso tipo, sobre todo las que defienden intereses económicos, como son los sindicatos y las federaciones empresariales, y también los partidos políticos.

La teoría liberal neoclásica a menudo condena la asociación de productores, como tendiendo inevitablemente a crear una "confabulación contra el interés común". Es cierto que los grupos de interés, patronales o gremiales, buscan casi por definición el interés propio y no el común. Pero no está claro que ese interés común sería mejor defendido si esas entidades no existieran, y todos nos viéramos entregados a la operación de un mercado no controlado.

En realidad un Estado fuerte es muy conveniente para un desarrollo económico, y no sólo para salir del subdesarrollo. Pero Estado fuerte no es lo mismo que Estado autoritario: se trata de dos variables que no siempre van juntas, casi se podría decir lo contrario. Así, por ejemplo, los actuales Estados de Alemania y de Japón son fuertes, pero democráticos. Claro está que su democracia no es la utópica de la democracia directa, sino que está basada en el mutuo equilibrio de "confabulaciones" que podrán ser vistas como "contra el interés público", pero que de hecho son "a favor del propio interés", y el resto se negocia. Su secreto, entonces, está en cómo se negocia, lo que depende de multitud de factores, algunos heredados de generaciones anteriores, otros basados en una lectura de la propia o la ajena historia reciente, y todos cambiables o ajustables mediante el aprendizaje colectivo. Corea, Taiwán, Malasia, han sido y en gran medida siguen siendo regímenes a la vez autoritarios y fuertes, y en su caso la combinación funciona. En cambio Bolivia a comienzos de la década de los ochenta tenía gobiernos dictatoriales, pero de ningún modo fuertes, pues cambiaban todos los años. Tampoco la Argentina de los varios procesos militares constituyó un Estado fuerte, pues estaba a la merced de los grupos de presión y de las amenazas internas del más diverso tipo, lo que le impidió entre otras cosas controlar la inflación, y su trayectoria económica fue lamentable. La Argentina actual, cualquiera sea la opinión que nos merezca su gobierno, constituye un Estado mucho más fuerte que durante las dictaduras, aunque esto pueda parecer paradójico en un análisis superficial, y es esa fuerza lo que le ha permitido realizar cambios económicos importantes, incluso el establecer la operación de un mercado más libre que en tiempos anteriores.

En cambio el Brasil del régimen militar constituyó, por comparación al caso argentino, un gobierno a la vez autoritario y fuerte, con los consiguientes efectos en el estímulo de su crecimiento; algo parecido puede decirse de Chile, aunque también ahí está la paradoja de que su actual gobierno es en el fondo más fuerte que el del General Pinochet, pues se ve menos amenazado desde adentro o desde afuera. En cambio la dictadura de Batista en Cuba fue autoritaria pero no muy fuerte, por falta de consenso social; pero la de Stroessner en Paraguay no se puede negar que tuvo mucho mejores resultados económicos.

Francia en tiempos de la Tercera y de la Cuarta República constituyó un Estado bien débil, aunque democrático, constantemente amenazado por una derecha subversiva y una izquierda no muy convencida de las virtudes de la democracia "burguesa". De Gaulle, mediante una intervención no del todo legal, formó en cambio un Estado que manteniendo su característica democrática adquirió también la fuerza, y pudo conducir al país a un verdadero resurgimiento. Y ese Estado siguió siendo fuerte, tanto bajo gobiernos conservadores como socialistas.

En la actualidad, se observa que de los tres grandes sistemas económico-políticos dominantes, el europeo, el japonés y el norteamericano, este último es el más "liberal", y eso que los lobbies están muy activos tanto en el poder legislativo como en el ejecutivo, y sin duda en el judicial. Claro está que en estas cosas todo es relativo. En el sistema europeo los controles gubernamentales son mucho más intensos, y lo mismo ocurre con las presiones que generan los lobbies y las asociaciones profesionales. Estas últimas, especialmente los sindicatos y los grupos campesinos, y en la misma onda los partidos populares, son mucho más fuertes que en el caso norteamericano. ¿Deberá pensarse entonces que Europa está condenada a la parálisis, a la "euroesclerosis" de que algunos hablan?

Esto no parece ser el caso, aunque se pueden citar cientos de ejemplos de interferencias de los grupos de interés sobre el proceso productivo, algunos de los cuales bien pueden tener efectos negativos sobre el bienestar general. Quizás uno de ellos sea que la fuerza del sindicalismo y de la legislación social impide la rebaja excesiva de los salarios, y por lo tanto -- a igualdad de otras condiciones -- aumenta el desempleo. Pero las "otras condiciones" no siempre son iguales, y por otro lado no parece que, exhortaciones aparte, los europeos están dispuestos a reducir los beneficios de su Estado de Bienestar Social a los niveles que la teoría neoliberal exigiría para darles un certificado de buena conducta. Y en el Japón la situación se parece más a la europea que a la norteamericana, incluso se puede decir que las barreras a la libre circulación de los factores son aún mayores.

La experiencia de la Unión Europea es particularmente relevante para nosotros, porque se trata de una asociación entre países con niveles bastante cercanos de desarrollo, y con una significativa homogeneidad cultural. Ciertamente es que no se puede comparar el grado de desarrollo económico, técnico e institucional de Alemania con el de Grecia o Portugal, pero los países que están en la cola son pocos y no muy poblados, de manera que la locomotora de los centrales bien puede arrastrarlos. Lo contrario ocurre en América del Norte, donde el maridaje entre los Estados Unidos y México es realmente muy problemático (a diferencia de lo que sería entre los Estados Unidos y Canadá). En nuestra parte del mundo, hoy en trámite de integración a través del Mercosur, basado principalmente en la dupla Argentina-Brasil, con la posible adición de Chile, se dan por cierto diferencias de desarrollo, pero hay una situación bastante pareja, siempre teniendo en cuenta la existencia de algunos rezagados, con poco peso demográfico.

Es significativo cómo los Estados Unidos, siendo un país con altos índices de igualitarismo a comienzos de siglo (relativamente hablando, se entiende), se han convertido en uno de los que más desigualdades, y pobreza crónica, presentan en la actualidad, dentro del círculo de los altamente industrializados. El contraste es sorprendente con Europa, donde hasta bastante avanzado este siglo había bolsones de miseria, que fueron la base de la gran emigración. Quizás, al analizar este contraste, haya que revisar la percepción de los Estados Unidos como nación muy igualitaria en tiempos de la "frontera abierta". Porque ya entonces la existencia de una masa esclava era un factor importante, que desequilibraba dramáticamente el espinel de la distribución de ingresos, pero a menudo era dejada de lado por los observadores del tiempo, que o no la veían,

o no la consideraban como formando realmente parte del país que describían, empezando en este sentido por el mismo Tocqueville.

Los descendientes de esa masa esclava, mientras estaban concentrados en el Sur y vivían en el campo, eran menos visibles, y menos impactantes sobre la sociedad norteamericana en general. Ahora que se han distribuido a lo largo y ancho del país, su presencia es muy notable. La diferencia entre los tres grandes poderes mundiales es en este sentido muy amplia. Japón, como es sabido, tiene una homogeneidad altísima, y una política inmigratoria completamente excluyente. Esto facilita la solidaridad social, pero va asociado a un etnocentrismo muy marcado, con actitudes de intolerancia que afectan en alguna medida también a la convivencia entre los nativos del país.

En Europa las diferencias étnicas y culturales entre las poblaciones originales de los diversos países son bastante grandes, pero pierden entidad en un mundo globalizado. Por otra parte, la inmigración "extracomunitaria" produce bastantes tensiones internas, pero por contraste con los Estados Unidos, no se trata de gente marcada por el trauma de la esclavitud, ni siquiera del del genocidio sufrido por los indios en América en tiempos de la Conquista. Es así que la integración y la mezcla étnica son más fáciles de darse, y aunque entre esos inmigrantes hay muy intensos bolsones de pobreza, ellos son más remediabiles que los de los Estados Unidos.

En los Estados Unidos, al tema de los descendientes de la esclavitud se agrega el de los latinoamericanos. En un país marcado por un racismo bien fuerte, y exitoso en impedir, en general y comparativamente, la mezcla étnica fuera de las tribus europeas, la acumulación de tensiones se vuelve muy amenazante. La otra cara de este tema es que los Estados Unidos, si resuelven aunque sea parcialmente los problemas aludidos, pueden convertirse en la primer sociedad realmente multiétnica del mundo, lo que no será un menudo logro. Ya ahora la convivencia entre razas es mucho mayor que lo que se podría haber esperado hace cincuenta años, a pesar de la permanencia de los ghettos, pero las resistencias y fricciones se están convirtiendo en uno de los principales focos de tensión política. Esto no puede menos que afectar la solidaridad social, la disponibilidad y la calidad de la mano de obra, y la incorporación de todos los sectores de la población en un consenso social en buena medida legitimizado por todos. Este consenso es en cambio muy alto en Japón y también bastante significativo en Europa, a pesar de los problemas y luchas ideológicas, que siguen existiendo, y son por derto mayores que en los Estados Unidos, aunque estén menos marcadas que hace una generación o dos.

Volviendo ahora a la situación del Cono Sur, su homogeneidad cultural es bastante alta, semejante o aún mayor que la que existe entre los países europeos. En cuanto a la heterogeneidad étnica, el peso de los sectores de origen no europeo es mayor que en los Estados Unidos. Pero la mezcla, por diversos motivos, ha sido mucho mayor, lo que ha disminuido las barreras, aunque de ningún modo las ha eliminado. Lo previsible, si el Mercosur avanza, es que la población se mezcle más, aún cuando la migración no sea totalmente libre. Esto alterará algo la composición étnica, sobre todo de países como la Argentina, generando previsible resistencias. Una política migratoria debe estar consciente de estos potenciales problemas, que serán posiblemente más intensos que en Europa, dada la mayor proporción de gente involucrada, aún cuando los migrantes sobre quienes puede ejercerse el prejuicio y la discriminación no serían "extracomunitarios".

La problemática social que encara un país en desarrollo es bastante más amplia que la meramente económica, y no se puede pensar que la liberación de las fuerzas del mercado va a dar siempre resultados positivos. De hecho, los grupos de presión, por más que a veces actúen de manera unilateral, seguirán existiendo, con oscilaciones en su poder relativo. Se precisa desarrollar una convivencia entre ellos, la que constituye la base del pluralismo político. No hay aquí soluciones nítidas, y mucho menos las puramente exhortativas, que exijan sacrificios en homenaje a un dios desconocido.

Los economistas han llegado a la conclusión de que, *dentro de ciertos límites*, la competencia en un mercado libre es beneficiosa, independientemente de las motivaciones de cada actor individual. Esto debe admitirse, aún cuando hay mucho campo para disentir acerca de cuáles son esos límites. La tarea de los sociólogos y politólogos es la de estudiar las condiciones bajo las cuales la competencia -- si se quiere usar esa palabra -- entre grupos de interés o de presión,

puede llevar a una esclerosis, o por el contrario a un fortalecimiento del tejido social, de la solidaridad, y de la calidad de vida.

Así, por ejemplo, es argumentable que en Gran Bretaña el poder de los sindicatos, y las actitudes dominantes entre muchos de sus dirigentes y activistas, fueron durante los años sesenta y setenta en parte responsables de la decadencia industrial del país (que, por otra parte, sin duda tiene muchas otras causas, como por ejemplo la herencia de un imperio perdido). Pero en otro contexto social, como el de Alemania, los sindicatos han sido tanto o más poderosos que en Gran Bretaña, y han contado con una legislación que les ha dado mayor ingerencia en el manejo de las empresas, en base a la codeterminación. Y ese poder no se reflejó en decadencia industrial.

Por cierto que se da una resistencia de la población trabajadora alemana a bajar su nivel de vida a niveles medios internacionales. Pero más problemas tendría Alemania si su población, aunque sólo se tratara de la no calificada, realmente llegara a esos niveles, y una breve mirada a su historia es aleccionadora al respecto. Así que no se puede esperar que la gente voluntariamente ponga su cabeza bajo el hacha, o que se abstenga de actuar políticamente para evitar que las fuerzas de un mercado internacional descontroladamente competitivo hagan trizas su forma de vida.

EL EQUILIBRIO DE PODERES: SUS EFECTOS ECONÓMICOS

En una sociedad con libertades públicas, y más si es democrática, el equilibrio de poderes es la base no sólo de la política sino también de la economía. En otras palabras, no es posible tener una sociedad sin las mentadas "confabulaciones contra el interés público". De hecho, toda sociedad democrática -- y aún muchas no del todo o para nada democráticas -- es un conjunto de grupos de interés que se mantienen más o menos en jaque mutuo. Si hoy día parece que el poder se ha desplazado excesivamente hacia uno de los lados, ello no se debe a que deje de existir la trama de intereses encontrados, sino a que se ha dado una peculiar coyuntura, a nivel mundial, que debilita a algunos de los competidores, dando inusitadas ventajas al capital internacional y a sus ramificaciones. Esto está produciendo suficientes efectos negativos como para generar una reacción, no necesariamente pacífica. Y el primer país donde se va a dar son los Estados Unidos, por la derecha o por la izquierda. El día en que los japoneses quieran comprar el *New York Times* alguien va a poner el grito en el cielo, y no porque haya nada malo con los japoneses, sino porque cada uno en lo suyo.

El economista norteamericano Paul Krugman, en su libro *The Age of Diminished Expectations* (1995), comentando la opinión de que "la creciente propiedad extranjera de bienes norteamericanos es una amenaza a nuestra soberanía", dice que hasta hace poco "se tendía a descartar este argumento como claramente tonto, cuando nosotros éramos los que queríamos invertir en otros países. Ahora que el zapato está en el otro pie, el argumento parece más sólido".

Para frenar la inflación, como para asegurar un eficiente comportamiento de la economía, un Banco Central con fuertes poderes y autonomía, como el Federal Reserve, es esencial, a pesar de que su manejo depende de grupos de tecnócratas, que a veces cometen serios errores. Pero no hay alternativa, y dejar todo a la sabiduría del mercado es demasiado riesgoso. Ya en los años cincuenta Kenneth Galbraith había hablado del *countervailing power*, el poder de equilibrarse mutuamente que tenían las grandes agrupaciones empresarias entre sí y con las más pequeñas o los granjeros, o con las entidades sindicales o profesionales, y con el gobierno.

Algunos críticos de Galbraith decían que ese tipo de oposiciones de bloque terminaría en un autoritarismo fascista, ante la fuerza y la falta de espíritu de transacción de algunos de los contrincantes, lo que se exacerbaría si hubiera una declinación económica. Esta última está ocurriendo, y por cierto que se dan en todo el mundo, ante la vigencia de las vacas flacas, reacciones autoritarias y xenófobas. Pero sería exagerado afirmar que el sistema democrático está seriamente amenazado. Tendrá que sortear ésta como tantas otras crisis, pero todo hace prever

que para ello deberá usar los recursos institucionales de que dispone el régimen político imperante en los países más industrialmente avanzados, incluyendo una intervención en los mercados internos o externos.

UN POCO DE HISTORIA RECIENTE

Una persona de edad madura hoy, en la Argentina o en los Estados Unidos o algún país europeo occidental, viéndose en una situación peor que la de sus padres, bien puede preguntarse qué diablos pasó, qué es lo que se hizo mal, quién es el culpable. Las respuestas, claro está, serán distintas en cada uno de los casos mencionados. Y más distintas aún serían en Japón, en el peregrino caso de que a alguien se le ocurriera planteárselas. ¿Qué es, entonces, lo que pasó?

El caso argentino es relativamente fácil, y trágico, y gran parte de este libro está destinado a entenderlo. Básicamente, hubo mal manejo, y despilfarro. Hubo una interferencia masiva con las fuerzas del mercado, y un sistema gubernamental ineficiente y corrupto. Posiblemente esto tenga algo que ver con el peculiar equilibrio de poderes, parejos pero no legitimizados, entre sectores empresarios industriales y rurales, y entre ellos y los populares, o todos y el gobierno. Esto es lo que varios observadores han llamado un "empate social", no porque el poder haya sido realmente equivalente entre todos los participantes, sino porque relativamente hablando ha habido mucho más equilibrio de las fuerzas opuestas que en otras sociedades del área, lo que nos acerca a los países más desarrollados. Pero ha habido mucho menos legitimación de los conflictos que en ellos, y de ahí la violencia y la inestabilidad política y económica, que no han permitido un crecimiento eficaz.

La legitimidad de los conflictos que hoy se observa en muchos países de alto desarrollo se ha dado después de serias luchas internas (basta pensar en Alemania, Francia, España, Italia, Japón). Al no poderse liquidar mutuamente, los contendientes llegaron a acuerdos de no agredirse demasiado, y ésa es la "paz social" que, a grandes rasgos, reinó en Europa, Estados Unidos y Japón desde la Segunda Guerra Mundial. Es preciso no exagerar esa paz social, que coexistía con guerras coloniales, conflictos en la periferia, y zonas de violencia y de miseria en los propios países centrales. Pero juzgada con criterios comparativos e históricos, fue una época de gran prosperidad, que sirvió de cimiento al Estado de Bienestar Social. Los mercados se fueron internacionalizando, pero muchas barreras proteccionistas, y subsidios de los más diversos tipos, subsistieron. De particular significación fueron los que sirvieron para dar pasos sucesivos hacia la construcción de un mercado europeo, ya desde los años cincuenta.

Como resultado de factores en gran medida extraeconómicos (como la misma guerra) la superioridad productiva de los Estados Unidos era incontrastada en ese tiempo, simbolizada por el Plan Marshall. El tamaño de su economía permitía que, al abrirse ella en gran medida unilateralmente a las importaciones (salvo en lo que realmente les dolía a algunos de sus grupos de interés, como las carnes o el azúcar) los restantes países tuvieran estímulos, al poder exportar lo que para ellos era una gran cantidad de bienes, sin afectar particularmente las perspectivas de mercado de los productores norteamericanos.

Esto empezó a cambiar con las crisis del petróleo de 1973 y 1979, que desordenaron todo el sistema financiero y económico occidental. Al mismo tiempo, el crecimiento del Japón y de los Tigres asiáticos alteró el esquema mundial de competitividad, poniendo a los Estados Unidos a la defensiva. La recuperación europea también tuvo efectos semejantes, pero a su vez se vio jaqueada por los procesos asiáticos y por las crisis del petróleo.

Tanto el desarrollo del Japón como el europeo se dieron con un Estado interventor y planificación bastante detallada en algunos casos, como en las primeras etapas de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Esto puede ser historia antigua para muchos, pero por eso mismo es importante, porque explica lo sucedido luego, que en parte implicó una cierta liberalización, posible una vez que los productores locales se sintieron fuertes como para ganar en una competencia supuestamente "igual" (como Gran Bretaña en el siglo pasado).

Sin embargo, el actual malestar que se nota tanto en los Estados Unidos como en Europa se debe en gran parte a que la situación semimonopólica industrial y de privilegio que han tenido por mucho tiempo se ha deteriorado. La movilidad del capital, ligada a las revoluciones tecnológicas en el campo de las comunicaciones, es el actor principal, héroe o villano, de la escena actual. Sus amenazas de votar con los pies, yéndose a donde lo traten mejor, vuelven impotentes a los gobiernos, aún a los más poderosos, como el de los Estados Unidos, aunque los del Japón y de otros países que siguen su modelo se le pueden enfrentar, y algo también pueden hacer los europeos, todo por supuesto como resultado de factores extraeconómicos.

Es aún temprano para poder decir cuáles van a ser las políticas que las diversas áreas económicas van a seguir para evitar los efectos negativos de la globalización, que provocan cambios súbitos en el mercado disponible para los productores nacionales, provocando crisis de desocupación. Hay quienes dicen que el remedio es aplicar "más de lo mismo", y que una liberalización aún mayor de los movimientos del capital y una apertura total al comercio, a la larga redundarán en beneficio de todos. Esto es bastante utópico, y más probable es que se termine en una nueva era de controles gubernamentales un cierto proteccionismo, pero a nivel regional, no nacional.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS, ESAS CONFABULACIONES...

Nuestra sociedad actual, pero también cualquier otra imaginable con realismo, es una verdadera morada de fieras, y a ese hecho tenemos que ajustar nuestro comportamiento, tanto individual como colectivo. La búsqueda del propio interés, a menudo velado por la ignorancia o las pasiones, lleva a la gente a agruparse, como ya lo señalamos repetidamente, usando los recursos que tiene a su disposición. Básicamente, se trata de los ricos contra los pobres, como ya lo señalaba Tocqueville:

Los individuos principales que viven en una aristocracia se visualizan desde lejos; y si quieren unirse para algo, se juntan, y mueven tras de sí a mucha gente. En países democráticos, por el contrario, ocurre frecuentemente que una gran cantidad de personas que quieren juntarse no lo pueden hacer, porque debido a su insignificancia y a estar perdidos en la multitud, no se pueden identificar y no saben dónde encontrarse. Un periódico, entonces, adopta el tema o el sentimiento que agitaba a cada uno de ellos por separado, pero simultáneamente. Todos entonces siguen esa guía; y estos seres, hasta entonces desorientados, que se buscaban unos a otros en la oscuridad, al final se encuentran y se unen. El periódico los juntó, y el periódico sigue siendo necesario para mantenerlos unidos.

En la misma temática, John Stuart Mill planteaba, en su *Gobierno Representativo* (1867), que la contraposición básica se daba entre los empresarios y los trabajadores asalariados (o sus "similares"), y lo mismo se va a encontrar en la literatura influida por el marxismo. Aunque otra de las modas -- esta vez sociológica -- sostiene que éstas son cosas del pasado, y que hoy ya no hay diferencias clasistas en la estructura de los partidos políticos, la realidad es que esa conexión persiste, aunque ella no es, ni nunca fue, completa ni "uno a uno".

En la enorme mayoría de los países de democracia consolidada hay un partido, o grupo aliado de partidos, de la Derecha, con fuerte apoyo en la clase media, y núcleo organizativo ligado al gran empresariado. Además, hay algo equivalente en la Izquierda, con núcleo organizativo en el sindicalismo, en la *intelligentzia* y en grupos de clase media "progresista". Todo lo cual da, estadísticamente hablando, una composición bastante policlasista de ambos contrincantes; pero desde el punto de vista organizativo, de poder financiero, y de liderazgos y de ideología, la polarización es bien neta. A ese esquema básico, claro está, se le pueden sobreponer diversas

complicaciones, sobre todo ante la aparición de fenómenos étnicos o xenófobos, o ante crisis temporarias de los partidos mayores.

En otras palabras, hay una fuerte asociación, en los países económica y culturalmente avanzados, entre la estructura neocorporativa de los intereses, y la estructura de los partidos. Esto no es exactamente la "lucha de clases" como la visualizaba Karl Marx, pero es sin duda un conflicto con importantes dimensiones clasistas. Ahora bien, a estos grupos de interés, estructurados y entrelazados con los partidos y con el sistema institucional, no es posible decirles "*¡no se metan con la economía!*" Van a meter la mano, no se puede esperar otra cosa, y es el rol de la justicia y de la policía evitar los peores excesos de esa metida de mano. Dentro de límites razonables, y con una opinión pública medianamente alerta, la ligazón entre los intereses sectoriales y el sistema partidario y representativo es legítima y ética, y constituye la base del funcionamiento democrático.

Así como la teoría económica ha llegado al concepto de mercado, como institución que compatibiliza los actos egoístas de los productores, la teoría sociológica basada en un liberalismo político actualizado ha desarrollado el concepto de pluralismo, como expresión del equilibrio, ya no entre individuos, sino entre grupos asociativos del más diverso tipo, dispuestos cada uno a sacar la mayor tajada posible. Esa lucha puede terminar -- a menudo ha terminado, como en los años de entreguerras en Europa -- en guerras civiles, dictadura, o parálisis por "empate social" no legitimizado. Pero también puede producir un tipo de convivencia que permite alcanzar un grado de civilización mayor, como el que se ha dado en la parte más próspera del mundo desde la última posguerra.

Ahora bien, es un hecho que esta prosperidad del Occidente de posguerra se basó, en buena medida, sobre su superioridad manifiesta en materia tecnológica, y de disponibilidad de recursos de capital y humanos calificados. Esa superioridad era tal, que sus manufacturas, cualquiera fuera el nivel de salarios con que hubieran sido producidos, tenían que ser comprados por el resto del mundo, porque no había otros. Y los zapatos norteamericanos o italianos no temían la competencia de los de Tailandia, porque éstos, por miserables que fueran sus trabajadores, terminaban siendo más caros, o de notoriamente inferior calidad. Ahora es bien sabido que esto ha cambiado, y en el medio, para embarrar las cosas, vinieron los "golpes del petróleo", desarticulando todo el sistema financiero y económico internacional.

Cuando los Estados Unidos y Europa tenían la primacía tecnológica, y la movilidad del capital aún no era lo que después llegó a ser, podían darse el lujo de estar relativamente abiertos al resto del mundo, porque de todos modos las importaciones que vinieran de allá no tenían mucho peso. Los Estados Unidos eran el principal acreedor del mundo, y lo que ellos invertían en el exterior era más que lo que recibían como inversiones externas. Ahora eso cambió, prácticamente en una década, la de los años ochenta, convirtiendo a los Estados Unidos en el principal deudor internacional, y en receptor neto de inversiones extranjeras. El juego de la libertad de comercio, entonces, ya no tiene los mismos resultados que antes, y las presiones proteccionistas son lógicamente mayores. Ya antes, cuando el Commonwealth Británico se vio en dificultades, sancionó la preferencia aduanera imperial como respuesta a la crisis del treinta, dando el adiós no sólo al patrón oro sino al libre comercio.

EL TEMA DEL NIVEL DE VIDA POPULAR

La teoría económica es demasiado a menudo exhortativa, sobre todo cuando se queja de las interferencias que los grupos de presión realizan sobre el mercado libre. La actitud del obrero alemán que no quiere descender al nivel del de Bangla Desh sería, en esta perspectiva, egoísta, y contribuiría a hacer descender el total mundial de bienestar. Pero nadie opera teniendo en cuenta los efectos de sus acciones sobre el bienestar mundial.

Lo interesante del caso es que esa misma teoría económica tan exhortativa, cuando enfrenta casos como los que se derivan del comportamiento cortoplacista y especulativo de muchos agentes capitalistas, los da como un *hecho de la vida real*, un *fact of life*, que no sólo no se puede cambiar, sino que tratar de corregirlo sólo empeora las cosas. Esto puede ser así, pero un enfoque sociológico aporta la percepción de que el comportamiento asociativo de los agentes económicos es también un *fact of life*, y que hay que adaptarse a él.

Cuando se examinan las políticas públicas posibles para resolver determinados problemas sociales, a menudo se plantea que existe una gran restricción a "la gama de alternativas disponibles". Hablando de la medicina, por ejemplo, se afirma que lo que fue y es posible en Europa, acerca de una intervención activa del Estado en ese tema, vía medicina socializada y derivados, no es posible en los Estados Unidos. ¿Porqué no es posible? Como la teoría económica no lo sabe, o no lo considera tema suyo, el economista no analiza las alternativas, o directamente las da como no existentes, dados los parámetros sociales del país bajo análisis. ¿Pero quién creó esos parámetros sociales? ¿Se hicieron solos? Más bien, son un producto de evoluciones históricas largas y multifacéticas, sin duda llenas de la acción de intereses sectoriales, que, sin embargo, pueden haber dado resultados a la postre positivos. De la misma manera en que la búsqueda de la ganancia por millones de agentes individuales, en un mercado competitivo, produce (a veces) un resultado favorable al bienestar general, sin que nadie se lo proponga, también puede ocurrir lo mismo con la lucha entre asociaciones y grupos de presión.

El intento de los miembros de los sectores populares de proteger su nivel de vida mediante intervenciones que signifiquen controlar las fuerzas del mercado, es un comportamiento tan egoísta, pero por lo tanto legítimo, como el del empresario que, operando en un mercado totalmente libre, trata de aprovechar las oportunidades de comprar barato y vender caro, o "vota con los pies" y se va a otra parte cuando lo molestan. Los resultados de estas interferencias con el libre juego de la oferta y la demanda pueden no ser lo que los agentes que las cometen esperaban de ellas. Puede ser que se equivoquen, o que los efectos a largo plazo sean malos, pero al respecto de plazos ya Keynes dijo la última palabra.

LA INTEGRACIÓN REGIONAL COMO HERRAMIENTA

Hay una fuerte posibilidad de que el futuro económico esté signado por un mundo dividido en grandes bloques, cada uno de los cuales actúe de manera relativamente proteccionista, no tanto como para contentar a todos los grupos de interés, pero suficiente como para disgustar a los teóricos del libre comercio. Lester Thurow afirma en *La guerra del siglo XXI: la batalla económica que se avecina entre Japón, Europa y Estados Unidos* (libro más serio que lo que la traducción castellana de su título haría esperar), que

a la larga, el regionalismo puede ser un proceso positivo en el mundo. El comercio libre dentro de las regiones y el comercio administrado entre regiones bien puede ser a la larga el camino que lleve al comercio mundial más libre. Avanzar de las economías nacionales a una economía mundial es simplemente demasiado grande. Es necesario dar primero pasos intermedios más pequeños, y los cuasi bloques comerciales combinados con el comercio administrado bien pueden ser precisamente ese paso intermedio necesario.

Otros economistas, como Gary Hufbauer y Kimberly Ann Elliott (*Measuring the costs of protection in the US*, 1994) ven en cambio el otro lado de la medalla: según ellos el proteccionismo cuesta a los Estados Unidos unos 70 mil millones de dólares anuales, y si se incluyen otras restricciones cuantitativas y no aduaneras la suma se duplicaría. Estos autores citan el caso de la ley Smoot-Howley, de los inicios de la década de los treinta, como consecuencia de la cual las

tarifas treparon hasta un promedio del 59% en 1933, lo que generó medidas retaliatorias de otros países, y habría aumentado la recesión en los propios Estados Unidos. Pero sobre este tema de los efectos del proteccionismo en agravar o aún generar la larga crisis de desocupación, la teoría económica no está nada de acuerdo, hasta el punto de que Paul Krugman considera que afirmar eso es "nonsense".

El proteccionismo, bestia negra de la economía neoliberal expresada entre otros foros en el llamado "Consenso de Washington", se está fortaleciendo en los más diversos ambientes, empujado tanto desde la derecha como desde la izquierda. Los teóricos del neoliberalismo lo lamentan, y amenazan a sus lectores que de no tomarse medidas heroicas y rápidas, el lobo nos alcanzará. Si esto es así, entonces habrá que prepararse para convivir con ese animal. El animal es feroz, y cuando está mal amaestrado ha hecho estragos, sobre todo en América Latina (no así en los pequeños tigres asiáticos, ni en los casos históricos de los Estados Unidos, Alemania y Japón). Pero en la realidad el proteccionismo, aplicado de manera dosificada, debe ser visto como un factor más, una variable a tener en cuenta en un sistema de múltiples ecuaciones con numerosas variables. Para citar una vez más a Krugman:

La fundamentación intelectual del proteccionismo es hoy más sólida que en el pasado, y los argumentos a favor del comercio libre son a menudo exagerados. Los intereses norteamericanos posiblemente serían mejor servidos en un mundo de comercio libre, evitando la tentación de adoptar una 'política de estrategia comercial'. Desgraciadamente, esto no es lo que va a ocurrir, por dos razones. Una es que los *otros* jugadores principales *están* usando políticas de estrategia comercial -- la protección japonesa a las supercomputadoras, y la promoción europea de la industria aérea -- aún cuando a sí mismos se hagan más daño que bien. La otra razón es que la adopción del comercio libre depende de la creencia de que el acceso a los mercados es recíproco, pero se vuelve muy difícil de mantener políticamente si hay una amplia y creciente percepción de que uno de los principales jugadores sigue reglas distintas [Japón, *of course*].

¿Será cierto que los europeos y los japoneses se hacen tanto mal a sí mismos adoptando políticas de protección, abierta o encubierta, y de estímulo oficial a determinadas actividades de importancia estratégica? ¿Será que son tan irracionales, o tan dominados por intereses creados? En realidad es cierto que están dominados por intereses creados, pero eso ocurre en todas partes, así que es mejor dejar de pretender que esos intereses no deberían existir, o que de existir deberían actuar como fundaciones filantrópicas.

De hecho, el Mercosur, en sus pocos años de vida, ha tenido efectos sorprendentes sobre el comercio entre sus países miembros. Este proceso ha sido posible por una continua atención de los gobiernos, que están a cargo de la compleja maquinaria de la rebaja gradual de aranceles aduaneros, de las listas de excepciones, y de arreglos especiales, ad hoc, como el que permitió superar en 1996 lo que parecía ser una crisis entre Argentina y Brasil por el intercambio de automóviles. Si este incremento del comercio se ha realizado "desviando comercio", y a expensas del resto del mundo, eso también es un *fact of life*. Lo que se argumenta, claro está, es que ese resto del mundo puede tomar medidas retaliatorias, pero no es obvio que ello ocurra, si se maneja con cuidado el proceso. Ese resto del mundo ha tomado a menudo medidas retaliatorias, o directamente proteccionistas, sin que hubiera mediado ofensa previa, en temas que para nosotros son muy importantes, como los que afectan a los productos agropecuarios. No se vislumbra la desaparición de esas barreras, aunque alguna reducción, excepción, o cupos, pueden negociarse, sobre todo a cambio de otros favores. Pero esto es "comercio administrado", y su análisis exige una ampliación de la teoría económica.

Una integración económica regional, con elementos políticos que la acompañen, está demostrando ser el instrumento más adecuado para orientar a las fuerzas del mercado sin necesariamente ahogarlas. El hecho de que se trate de un grupo pequeño de países, con fuertes

vínculos culturales e históricos, y parecido nivel de desarrollo de sus estructuras políticas y administrativas, facilita las negociaciones necesarias para consolidar el proceso.